

La situación internacional y la crisis de las democracias

Viernes, 4 de diciembre de 1936

Contemplando, de un lado, los países bajo dictadura y de otro, algunos Estados liberales y el espectáculo que siguen ofreciendo por su inestabilidad exterior e interior, sería erróneo creer en una simple coincidencia: el primero de esos fenómenos no es más que un resultado, un desenlace del segundo. Reconozcamos, no obstante, que en todas partes, y en todas las épocas, los Estados sometidos a la dura prueba de una guerra exterior o a la de una grave perturbación del orden público que se acerca a la guerra civil, se dejaron siempre llevar hacia una suspensión más o menos provisional y disfrazada de las libertades democráticas, tanto en lo concerniente a los derechos individuales de los ciudadanos como en la concentración de todo el poder en manos del gobierno.

Creo muy sinceramente que mientras la situación internacional no se apacigüe y que mientras la justicia social no se encamine por la prudente vía de las transformaciones legales —y por desgracia!, es el caso más probable— asistiremos a nuevos hundimientos de las democracias, más que a la restauración de aquéllas que acaban de desaparecer. Que este grito de alarma sea oído por todos, incluyendo a aquéllos que se creen a cubierto. Yo he asistido al nacimiento de la democracia republicana española, nacimiento que tuvo lugar en las condiciones más favorables, es decir, en ausencia de peligro exterior, sin amenazas de restauración monárquica, teniendo el país a su derecha adversarios sin poder, y agrupando bajo su ala izquierda lo mejor de las organizaciones obreras. Y, sin embargo, he aquí cómo esta democracia, engendrada en medio de tales esperanzas y no teniendo que enfrentarse más que a peligros lejanos y poco probables, no conserva ya más que su nombre de antaño: Se desvanece, embarcada en una lucha entre una dictadura de izquierdas y una dictadura de derechas.

Creo haber expresado mi presentimiento en el título mismo del artículo. No estoy hablando de la crisis de la democracia, porque estoy convencido de que ésta, como doctrina, como sistema político, permanecerá inmortal y vol-

verá a reaparecer, victoriosa. Yo estoy hablando de una crisis de las democracias, es decir de todos y cada uno de los colectivos nacionales que emanan de éstas. Los partidarios de la dictadura se ilusionan, a mi parecer, cuando preven un triunfo definitivo o incluso duradero. La generación de hoy no debe entregar las armas, ni aceptar su derrota, ni vivir en la dulce ilusión de una revancha lejana a la que es posible no asistamos porque no estemos aquí. El deber de las democracias, de aquéllas que aún subsisten, es salvarse a sí mismas y ayudar así a la resurrección de otras que volverán a nacer sin los errores de antaño, y agrupadas en una humanidad más pacífica y más justa, esperémoslo, que aquélla que nos fue dada a conocer.